



TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes

16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel (2.^a parte)

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista

Aragón, 252

BARCELONA

Barcelona 20 Junio 1913

Cuaderno 18.—20 Cts.

PASATIEMPOS

Dos mancebos

I

Es Gualtero tan gallardo,
Tal gentileza es la suya,
Que ningún otro mancebo
Logró igualársele nunca.
De fuego tiene los ojos,
Sedosa la crencha rubia,
Fresca la tez sonrosada,
Noble y marcial la apostura.
Lo que pasa por su pecho
No hay quien saberlo presuma,
Pues con rostro indiferente
Sus sentimientos oculta
Y sólo en breves momentos
Risa de altivez o burla
Sobre sus delgados labios
Efímera se dibuja.

II

El desdichado Lotario,
Que durmió en la misma cuna,
Mal su grado no se engríe
Con varonil hermosura.
Crespo es su pardo cabello,
Pálida su faz y enjuta,
Sin brillo sus tristes ojos,
Su aspecto sin gracia alguna.
Y aunque su tranquilo acento,
Que gravemente modula,
Siempre que resuena, siempre
Del alma, el camino busca,
Junto al bizarro Gualtero,
Junto a su arrogancia suma,
Parece noche sombría
Tras clara noche de luna.

III

Arde una pobre cabaña
Del bosque en mitad oculta,
Y amenazando incendiarlo
Las llamaradas fulgurán.
Entre el crujir de las llamas
La voz de un niño se escucha,
Que al padre ausente invocando
Pide auxilio en honda angustia.
Los dos hermanos que alegres
Cazan entre la espesura,
Ven aquel cuadro, y al verlo
Sus almas de horror se turban.
—¿Qué hacer?— exclama Lotario,
Y una lágrima se enjuga.

—¡Partir!— contesta Gualtero,
Y emprende cobarde fuga.

IV

Mientras como ciervo herido
Bosque y valle raudo cruza,
Por el fuego entra Lotario
Cuya faz no se demuda.
—¡Tente!— aquél de lejos clama:—
Ve que tu muerte es segura.
—¡Dios me alienta!— éste responde—
Un infeliz pide ayuda.
Y entre borbotones de humo
Que el incendio alza con furia,
Cuando medroso Gualtero
Necio su heroísmo juzga,
Vuelve a salir victorioso.
Tierno niño al pecho escuda;
Clava en tierra la rodilla,
Y al cielo gracias tributa.

V

Los que al bardo habéis oído,
Responded a su pregunta:
Entre la de cuerpo y alma,
¿Cuál es mejor hermosura?

ANTONIO ARNAO.

Anécdota

Preguntaron una vez a Hatemtai,
que era el más generoso de los
árabes de su tiempo, si había cono-
cido alguno más noble que él.

Y respondió así:

—Un día que me paseaba por el
campo con algunos amigos, encon-
tré un hombre que había recogido un
haz de ramas secas para quemarlas.
Díjeme que fuera a mi palacio, don-
de todos los días se distribuía co-
mida abundante, y me contestó:

— Quien puede comer con el pro-
ducto, por corto que sea, de su
trabajo, no debe ir a aprovecharse
de lo que sólo debe ser para los que
no tienen manos, o no tienen ojos,
o no pueden trabajar.

El hombre que así me habló—
añadió el opulento árabe—era más
noble que yo

Registrado Año 1957



Excmo. Sr. D. José Erasmo
de Janer

Antiguo Jefe Regional
de los carlistas catalanes

fundación de *El Correo Catalán*, formando parte, hasta su muerte, del Consejo de Administración de dicho diario.

Al fallecimiento de D. Luis M.^a de Llauder ocupó la Jefatura Regional de los carlistas de Cataluña, hasta que a principios del año 1910, accediendo a las reiteradas súplicas del señor de Janer, le aceptó Don Jaime de Borbón la dimisión del cargo que con tanto celo y entusiasmo había desempeñado durante ocho años.

Se puede decir que en Barcelona no existía Asociación benéfica en que el nombre de D. José Erasmo de Janer no figurase: era Vocal de la Caja de Ahorros, Presidente de la Junta de Obra y de la Junta de Beneficencia de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, y Presidente de la Real Archicofradía de la Virgen de los Dolores. Falleció cristianamente en Barcelona a mediados del mes de Marzo de 1911, y fué una verdadera manifestación de duelo su en tierra, al que asistió inmenso gentío.

Su hijo político *Don Dalmacio Iglesias*, actual Diputado a

1014

R. 1830



Ilmo. Sr D. Dalmacio Iglesias
Diputado a Cortes por Gerona

Cortes por Gerona y Director de *La Voz de la Tradición*, de Barcelona, se está haciendo popular por toda España, no solamente entre los jaimistas, sino que también entre los mismos liberales, por sus discursos en el Congreso, por sus trabajos periodísticos, por el celo y entusiasmo con que asiste a *meetings* y fiestas jaimistas de todas clases y de todas las regiones, siempre ansioso de coadyuvar como el que más a la organización y a la propaganda de los elementos y las ideas tradicionalistas.

**El Marqués de la Roca
y su sobrino el Conde de Belascoain, Marqués de la Roca**

Perteneciente a una de las más antiguas y distinguidas familias de Tortosa lo era *D. José Juez Sarmiento y de Oriol, Marqués de la Roca*, desde el año de 1821; fué Mayordomo de Semana, de número, de Su Majestad, y Diputado a Cortes por varios distritos de la provincia de Tarragona en el reinado de Doña Isabel II, quien premió sus distinguidos servicios con la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, el día 2 de Marzo del año 1858; y cuando ocurrió el destronamiento de aquella ilustre señora, fué uno de los muchos leales y prestigiosos isabelinos que, deseosos de hacer frente a los delirios revolucionarios, se afiliaron al Carlismo, prestándole muchos y valiosos servicios, y figurando en la Minoría parlamentaria Católico-Monárquica de las Cortes de Don Amadeo de Saboya, como Senador del Reino de la provincia de Tarragona.

Su sobrino, *D. José María Diego de León y Juez Sarmiento*, era hijo del célebre Teniente General D. Diego de León, *Conde de Belascoain*, reputado en su tiempo como *la primer lanza de España*, y que después de ser uno de los más bravos caudillos isabelinos durante la primera guerra civil, fué fusilado por el General Duque de la Victoria al fracasar el alzamiento que contra su Regencia estalló en Madrid la noche del día 7 de Octubre de 1841.

Con el título de *Conde de Belascoain*, heredó D. José Ma-



**Excmo. Sr. Conde de Belascoain,
Marqués de la Roca**

ría Diego de León el prestigio de que su padre disfrutaba, especialmente entre los adictos al partido moderado; fué agraciado por Doña Isabel con la llave de Gentil-hombre el día 27 de Octubre de 1844; ejerció varios importantes cargos, entre ellos el de Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Madrid; fué Maestrante de la Real de Caballería de Ronda; Caballero Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, desde el día 27 de Junio de 1865, y cuando ocurrió el destronamiento de Doña Isabel, se afilió al Carlismo en unión de su tío el Marqués de la Roca.

El Conde de Belascoain ejerció el alto cargo de vice-Presidente del Centro Militar Carlista de Madrid, en el que figuraban generales de tanto prestigio como Vargas, Plana, Mogronejo, Arjona, Marco y otros; y cuando se declaró la última guerra civil fué nombrado Director General de Comunicaciones del campo carlista. Organizó, con este motivo, los servicios de correos y de telégrafos del territorio dominado por las armas carlistas, y hasta llegó a restablecer alguna parte del servicio ferroviario que había sido interceptado por causa de las vicisitudes de la guerra. siendo recompensados tantos y tan importantes como asiduos trabajos, por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este, con la Gran Cruz de la Real Orden del Mérito Militar, destinada a premiar servicios especiales.

Con todo ello demostró palpablemente el ilustre Conde de Belascoain, que en el campo carlista, a pesar de las exigencias perentorias de la guerra, que parecía natural que lo absorbieran todo, no sólo no se desatendían, sino que, por el contrario, se fomentaban los adelantos materiales que podían reportar beneficio inmediato a los pueblos que estaban bajo la dominación carlista, siendo también para él como verdadero timbre de gloria lo mucho que con el mayor celo y entusiasmo coadyuvó al excelente estado en que llegaron a encontrarse los servicios del Cuerpo de Sanidad Militar, especialmente por lo mucho que hizo en favor del famoso hospital carlista de Irache.

Por fallecimiento de su tío el Senador carlista Marqués de la Roca se expidió en el año de 1881 Real Carta de sucesión en el expresado título a favor del Conde de Belascoain, quien falleció cristianamente en Madrid, hace ya próximamente un cuarto de siglo, pasando en 1889 el Marquesado de la Roca a su hija segunda D.^a María del Milagro de León y de Liñán (esposa del Conde de Pestagua) por cesión de la hija mayor D.^a María Josefa de León y de Liñán, actual Condesa de Belascoain.

Don José Roca y Ponsa

Nació en Vich (provincia de Barcelona) el día 20 de Marzo del año 1852; empezó en el de 1861 a estudiar la carrera eclesiástica en el Seminario de aquella diócesis; en 1872 pasó al de Canarias, en el que durante veinte años desempeñó sucesivamente las cátedras de Latín, de Filosofía, de Lugares teológicos con Lengua hebrea, de Teología dogmática, de Hermenéutica, de Oratoria Sagrada y de Sagrados Cánones, con más la Summa de Santo Tomás, confiriéndosele el Presbiterado en 29 de Marzo de 1875. En 22 de Junio del año siguiente se le confirió el grado de Doctor en Sagrada Teología por el Seminario de Granada, con la calificación de *Nemine discrepante*, y en 11 de Agosto de aquel mismo año fué elegido y tomó posesión de la Canongía Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Canarias, habiendo hecho antes los actos literarios que prescriben los Sagrados Cánones, los cuales fuéronle aprobados por unanimidad. En 8 de Mayo de 1877 fué elegido por el Ilmo. Sr. Urquinaóna, Obispo entonces de la Diócesis de Canarias, para que a la cabeza de los eclesiásticos de aquella Diócesis y de la de Tenerife, que fueron en peregrinación a Roma, ofreciese sus respetos al Romano Pontífice Pío IX.

En los días 1.º, 3 y 6 de Octubre de aquel mismo año le fueron conferidos, respectivamente, en el Seminario de Canarias, los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Derecho Canónico *Nemine discrepante*

En 21 de Enero de 1885 fué nombrado por Don Alfonso XII Fiscal de la Subdelegación Castrense de Canarias.

En 1878 publicó un libro para refutar los errores racionalistas diseminados en varios folletos que por aquel tiempo vieron la luz pública en la ciudad de Las Palmas.

Desde el día 1.º de Agosto de 1873 hasta el año de 1888 redactó sucesivamente los periódicos católicos *El Triunfo*, *La Tregua*, *El Gólgota*, *El Faro Católico de Canarias* y *Revista de las Palmas*, haciéndose notable por la inteligencia, pureza de doctrina y denuedo con que defendió siempre la santa Causa de la Iglesia y del Pontificado, mereciendo por ello el aprecio y simpatías de los buenos, así como el odio de la impiedad y del masonismo.

El día 1.º de Febrero de 1890 fué nombrado Rector del Seminario de Canarias.

En el año de 1892 pasó a Sevilla con el cargo de Canónigo Penitenciario, y habiendo vacado la Canongía Magistral de aquella archidiócesis a los quince meses de llegar allá el señor de Roca y Ponsa, ganóla brillantemente, y desde entonces la desempeña con singular acierto y valía.

Al poco tiempo de residir en Sevilla no tuvo inconveniente en manifestar sus ideas tradicionalistas, ofreciéndose en lo mucho que vale a los elementos carlistas de dicha capital, escribiendo notables artículos en *El Correo Español* y varios folletos que se han hecho populares; tomando, en fin, activa parte en la fundación del semanario tradicionalista titulado *El Radical*, en el Certamen del día de Santiago del año 1910, y animando a la Juventud jaimista sevillana, de la cual fué nombrado Director espiritual, electrizando con su palabra aquellos corazones juveniles.

En la *Crónica de la segunda Asamblea nacional de la Buena Prensa*, celebrada en Zaragoza el año de 1908, léese en las páginas 68 y 69 lo siguiente:

«Don José Roca y Ponsa.—Así se llama el canónigo magistral de Sevilla, hombre de macizo entendimiento, de ilustración vastísima y profunda, de hondo pensar y galano decir, un eclesiástico, que por su estructura mental y por su celo en la defensa de los grandes ideales cristianos se da la



Muy Iltre. Sr. D. José Roca y Ponsa

Magistral de Sevilla

mano con Manterola y Martínez Izquierdo, con Mateos Gago y Sardá y Salvany, con todos esos ilustres sacerdotes que en la Iglesia española contemporánea brillan como astros de primera magnitud, difundiendo la luz de las buenas doctrinas sobre las tinieblas de una época de excepticismo y dudas pavorosas.—Gusta de las recias lides y las decisivas batallas, a las que aporta todo el fuego de su corazón y toda la poderosa energía de su inteligencia, formada al calor de los grandes maestros de la escolástica cristiana, con quienes ha convivido y convive en larga e íntima familiaridad. Es un

gigante al que no sabrían rendir ni vencer los más fieros golpes de los enemigos, y que aun lleno de heridas se levantaría de nuevo abrazando su escudo y corriendo a probar una vez más sus armas con los que le hubieran derribado por tierra. —Ese es el hombre, y por el hombre puede formarse idea del orador. Vibrante, enérgico, fogoso, sus palabras tienen sonoridades de clarín de guerra, y su voz estampidos como de ametralladora o de cañón. Al hablar, su alma entera asoma a sus labios y se derrama sobre el auditorio, comunicándole sus estremecimientos y poderosas palpitaciones. Es de los que entusiasman y convencen.»

Don Juan Luis Martín Mengod

Nació en Valencia, en cuyo Instituto y Universidad estudió; fué bachiller a los catorce años, abogado a los dieciocho y Doctor en Derecho a los diecinueve; tiene además la carrera de Filosofía y Letras y la de Maestro superior.

Joven aún, pues apenas cuenta treinta y seis años de edad, ha logrado conquistarse una personalidad honrosa: ha ejercido la profesión de abogado en Valencia durante doce años, y en la primavera de 1912 fué nombrado, en virtud de reñidísimas oposiciones, Catedrático de Psicología, Lógica, Ética y Rudimentos de Derecho, del Instituto de Jerez de la Frontera.

Desde su adolescencia viene trabajando por la Causa Católica-Monárquica, habiendo desempeñado multitud de cargos en todas las entidades del tradicionalismo valenciano; ha sido, diferentes veces, secretario y presidente de la Juventud, secretario del Círculo, miembro de las juntas locales, etc. En la actualidad es el secretario de la Junta provincial de Valencia, y sobre él carga el peso de la poderosa y extraordinaria organización del jaimismo valenciano. A su iniciativa se deben muchas cosas de resultados admirables y positivos, en especial el *Impuesto para el fomento de los intereses legitimistas* y el plan de organización civil de las fuerzas tradicionalistas de aquella región.

Ha tomado parte en infinidad de *meetings*, *aplechs* y reuniones políticas de todo género; ha dado una infinidad de conferencias de propaganda en casi todos los círculos tradi-



Sr. D. Juan Luis Martín Mengod
Director del «Diario de Valencia»

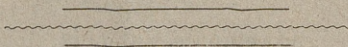
cionalistas del antiguo reino de Valencia; ha colaborado en gran número de publicaciones, especialmente en el semanario *La Lucha*, que fué el primer ariete que se esgrimió contra el republicanismo valenciano, por entonces tan potente y hoy tan abatido.

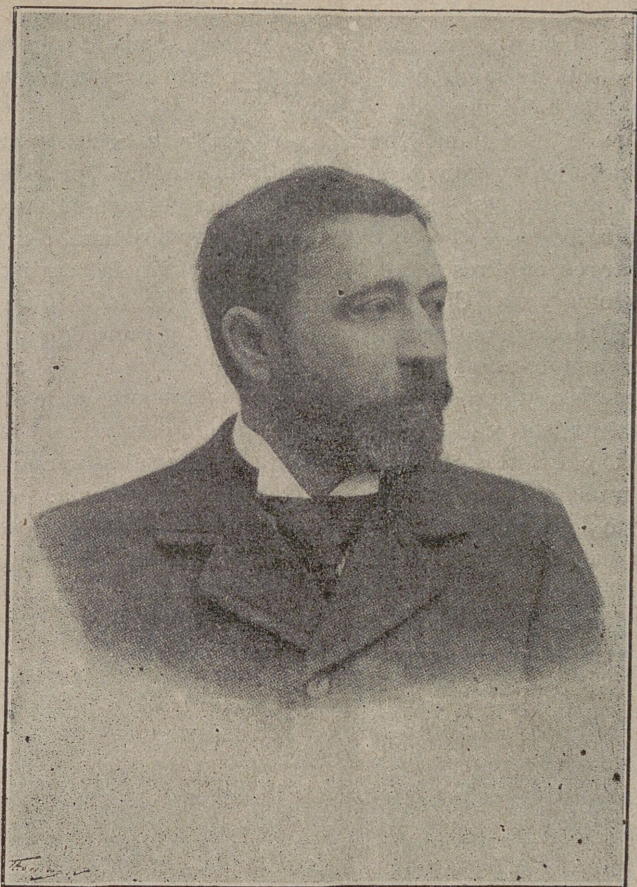
Al fundarse el *Diario de Valencia* fué el señor de Martín Mengod encargado de su dirección, la cual ha venido a constituir un gran éxito para él, pues era general la creencia de que en aquella capital no podría vivir un diario netamente jaimista; pero nuestro querido amigo ha hecho un diario a la

moderna, con abundante información de todas clases, y ha tenido tan favorable acogida, que ha resultado ser el de mayor circulación por la región valenciana. Tanto Jaime III como las principales personalidades del tradicionalismo le han felicitado reiteradas veces, considerándole todos como uno de los primeros periodistas de que puede justamente enorgullecerse la Comunidad Monárquica.

El señor de Martín Mengod ha sido Concejal y Teniente de Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Valencia, sosteniendo épicas luchas frente a la mayoría republicana, y a ésta y a los jefes republicanos los destrozó y trituró en el consistorio y en la prensa.

Ha viajado mucho, recorriendo casi toda Europa y parte de Asia y Africa; goza de excelente y brillante posición social y económica; y ha publicado, en fin, varias obras y folletos, entre las que descuella una titulada *Lecciones de Derecho Mercantil*, que consta de ochocientas páginas, y que ha tenido extraordinaria aceptación entre los abogados que se dedican a la especialidad de los asuntos mercantiles.





LVII

Don José de España y de Orteu

Maestrante de la Real de Caballería de Granada: tan popular y apreciado por sus méritos y servicios en pro de la Causa Católico-Monárquica, cuya bandera abrazó cuando era niño todavía; rindiendo ferviente culto a las nobles tradiciones de su ilustre familia; dejando afecciones y comodida-

des, ha luchado sin tregua ni descanso por sus ideales hasta que la falta de salud le obligó a retirarse de la vida activa de la política hace ya algunos años.

Fué de los que más contribuyeron al feliz éxito alcanzado por el viaje de propaganda carlista que realizó por toda Cataluña nuestro respetable y querido amigo el insigne Marqués de Cerralbo en el año de 1890; ejerció durante mucho tiempo los cargos de Presidente de la Junta Provincial carlista de Barcelona y del Círculo Tradicionalista de la capital del Principado, siendo proverbial el acierto y tacto con que resolvió asuntos siempre complejos y delicados. Asoció activo su generoso y entusiasta influjo a todas las obras de propaganda carlista, y luchó varias veces como candidato a la Diputación a Cortes, habiendo podido vencer al adversario, si bien nunca le ha adjudicado el Gobierno la victoria; pero el distrito de Igualada, con su votación favorable al Sr. de España en varias elecciones, corrobora nuestra afirmación, pues raras veces se ha visto un candidato tan favorecido no sólo por los votos de sus correligionarios, sino que también por los restantes elementos de orden del Distrito.



LVIII

Don Ramón de Valls y de Barnola

Fué *D. Ramón de Valls y de Barnola* un ferviente católico, de acrisolada piedad, bienhechor insigne de varias parroquias, protector decidido de múltiples obras de carácter católico, entre las cuales contóse *La Hormiga de Oro*; además de haber sido individuo de la Junta de Obra de la parroquia de Nuestra Señora del Pino, de Barcelona, perteneció a mu-

chas corporaciones de carácter religioso y desempeñó por espacio de muchos años la Presidencia de la Pía Unión de San Miguel Arcángel con el aplauso unánime de los asociados. Por tan relevantes méritos y valiosos servicios en favor de la causa de Dios, Su Santidad el Papa León XIII le honró con el título de Camarero de honor de Capa y espada, en 11 de Mayo de 1886, y Pío X le otorgó el mismo título en 1904.

Sus esplendideces y su abnegación en el orden político fueron siempre para la causa tradicionalista, lo que le valió ser víctima de las iras de los Gobiernos revolucionarios.

Por sus entusiasmos y por su acrisolada lealtad fué siempre muy considerado en el Palacio de Loredán de Venecia, en donde se le distinguía con demostraciones del mayor aprecio, y se le confiaron cargos políticos de gran importancia.

Falleció cristianamente en su casa solariega de Olsinellas el día 17 de Octubre de 1912. El entierro fué presidido por sus hijos, por el Padre Luis de Valls, del Oratorio de San Felipe Neri, y por el Diputado a Cortes D. Joaquín Sagnier.

el mismo campo una junta de generales y jefes superiores con el fin de tratar en ella la manera de realizar su citado proyecto; y después de haber oído el parecer de todos, adoptó el que juzgó más acertado, dando acto continuo las instrucciones oportunas para el emplazamiento de la artillería.

Cuatro batallones guipuzcoanos comenzaron la lucha, acometiendo a los liberales con una impetuosidad digna del mayor elogio, por su flanco izquierdo y retaguardia, dentro de su campo atrincherado, siendo secundados por otros dos de la misma provincia, otro de Navarra y la compañía-escolta del General Uranga, que avanzaron de frente por el pueblo. Al poco tiempo eran ya dueños de todas las posiciones y atrincheramientos los carlistas, obligando a los isabelinos a refugiarse dentro de los muros de Hernani, con pérdida de unos seiscientos hombres, cuya mayoría eran ingleses, quedando además sobre cien prisioneros en poder del General carlista, cuyas fuerzas sufrieron pocas bajas.

El acierto y la pericia con que se condujo el entendido y bizarro Brigadier D. Carlos de Vargas, jefe de Estado Mayor de la División guipuzcoana, así como la bravura de los brigadieres carlistas Iturriza, Alzáa e Iturriaga, y la entereza de las tropas carlistas, sobreponiéndose a la fatiga de una penosa marcha por caminos resbaladizos e intransitables con la copiosa lluvia que sobre ellos cayó, contribuyeron a conseguir aquel triunfo que tan celebrado fué para las armas carlistas por su merecida importancia, pues pocos ignorarán, seguramente, con cuanta atención se fijaban unos y otros combatientes en sus respectivas líneas de defensa, procurando siempre conservarlas incólumes a todo trance.

Celebróse aquella victoria carlista con solemnísimo *Te Deum* y vistosas y animadas fiestas públicas en Tolosa, y Carlos V, para perpetuar la fausta memoria del día 14 de Septiembre de 1837, tan glorioso para sus armas, creó una Medalla de distinción, cuya descripción es la siguiente: se componía de cuatro medias flores de lis unidas a un círculo azul, en cuyo centro había una cruz roja por el anverso, y en la exterioridad de dicho círculo, sobre una corona de esmalte blanco (de que también eran las flores) se leía la ins-



Excmo. Sr. D. Leopoldo O'donnell, Conde de Lucena

(Después Duque de Tetuán)

cripección siguiente: *In hoc signos vinces*. El esmalte del reverso era todo blanco, llevando escrita en su centro la fecha de la victoria, y en derredor *Batalla de Andoain*. La Medalla estaba rodeada de laurel, era de oro para los jefes y oficiales, y de cobre para las clases e individuos de tropa, y pendía de una cinta dividida en cinco partes iguales, siendo rojas las de los extremos y el centro, y azules las dos restantes.

Al día siguiente de su victoria de Andoain dirigió el General Uranga el siguiente oficio a la *Diputación de guerra de la Provincia de Guipúzcoa*:

«Habiendo resonado ya por todo el ámbito de esta fiel provincia el eco de la victoria obtenida en el día de ayer por sus valientes batallones contra la columna rebelde mandada por el i..... y feroz O'donnell, nada me resta que decir a V. S. I. más que felicitarla, como me felicito a mí mismo por un suceso tan favorable a la causa del Rey N. S. no menos que a los intereses de estos beneméritos habitantes. Los esfuerzos de cuantos han contribuido a conseguirlo son dignos del mayor elogio, y así lo he manifestado ya a S. M. al darle conocimiento de tan brillante jornada; pero como en el parte remitido no se haya hecho mención de *los naturales armados* que con un entusiasmo y decisión dignos de imitarse, concurren también a la acción presentándose al frente del enemigo, quiero que sin perjuicio de salvar esta omisión en el parte detallado, les dé V. S. I. las gracias en mi nombre, asegurándoles cuánto empeña mi gratitud su noble y heroica conducta, pudiendo disponer V. S. I. que se imprima desde luego este oficio para satisfacción de tan distinguido Cuerpo. =Dios guarde a V. S. I. muchos años=Tolosa 15 de Septiembre de 1837=José de Uranga=Ilustrísima Diputación a Guerra de la Provincia de Guipúzcoa.»

Trasladada esta comunicación a los alcaldes y Ayuntamientos guipuzcoanos, excitóse al propio tiempo el celo de los que todavía no habían llevado a cabo el armamento general del vecindario para coadyuvar con sus esfuerzos al triunfo de la bandera carlista.

Una vez posesionado el General carlista Uranga de la línea de Andoain, la fortificó, destinando a ello ochocientos



Excmo. Sr. D. Joaquín de Alzáa

General Carlista

peones bajo la dirección del Coronel de Ingenieros Strauss, de nacionalidad prusiana, como su compañero el Barón de Rhaden que tan brillantes servicios prestó en los ejércitos carlistas del Norte y de Aragón, Valencia y Murcia. La presencia del General, eficazmente secundado por el celo del Comandante General carlista de Guipúzcoa y de otros jefes de la misma provincia, animó tanto los trabajos, que en el corto espacio de diez o doce días se vieron levantadas las baterías, y artilladas con suficiente número de cañones. La línea ocupaba por entonces el pueblo e inmediaciones de Andoain, las alturas de Santa Cruz, Pagamendi y Ascoñaga, teniendo en avanzada dos reductos, cinco baterías y tres edificios fortificados; la segunda línea, a la derecha del río Oria, dos reductos, dos baterías sueltas y plaza de armas de San Esteban: la línea de las avanzadas en Urnieta, cubierta por parapetos sencillos; once piezas de artillería estaban en batería, y cuatro batallones guarnecieron aquella línea de defensa.

En cuanto el General Uranga organizó aquellos servicios de Guipúzcoa, se volvió a Navarra, enviando allá con antelación a su infatigable Jefe de Estado-Mayor el Mariscal de Campo D. Juan Antonio Guergué para que desde luego fuese preparando cuanto conviniera para la ejecución de nuevas operaciones militares.

La mayor parte de las obras que se han escrito sobre la primera guerra carlista se ocupan muy someramente de la victoria de Andoain, así que como ampliación de lo anteriormente expuesto únicamente podemos transcribir aquí los siguientes párrafos del Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala correspondientes a las páginas 249 y 250 del tomo cuarto de su popular *Historia de la guerra civil* (edición de 1869):

»En la noche del 13 al 14 establecieron los carlistas una batería en el monte Ichaso, y otra junto a Soravilla, sobre la cara llamada Bazcardo, montando en ambos cuatro cañones de grueso calibre: otro menor se colocó en el camino real.»

»Ya tenía Uranga su proyecto formado, pero era importante cualquiera resolución por las consecuencias que pudiera tener, y convocó un consejo de generales y brigadieres para



Excmo. Sr. D. Bartolomé Guibelalde

General Carlista

acordar si sería conveniente atacar desde luego al enemigo o esperarle en posición al auxilio de los cañones. El Comandante general de Guipúzcoa manifestó parecerle poco menos que imposible el atacar a un enemigo que contaba doble número de gente y en posición dominante, teniendo que atravesar los dos ríos; pero los brigadieres de las tropas opinaban por el ataque, diciendo que ellos se pondrían en primera fila al frente de los batallones, tomando sobre sí toda la responsabilidad. Con tales jefes y aquellos soldados, poco hay imposible. Uranga, que ardía en deseos de pelear, mostró su consentimiento por tomar la ofensiva, y se aprestó a ello, disponiendo inmediatamente el Jefe de Estado Mayor Vargas, el siguiente plan de ataque: Cinco compañías debían atravesar el Oria cerca de Lasarte, subir faldeando el monte de Búrún-

za, y ponerse en emboscada antes de amanecer: tres batallones habían de pasar el Leizarán, por unos tablones y seguir por la derecha del monte de enfrente, y emboscarse al pie del Achular; otros tres debían presentarse por la faz en el barrio de Zumea, de cara al puente de Andoain, ejecutándose todo antes del alba. Así que al asomar ésta comenzó a tronar la artillería, salieron de su escondite las compañías de la izquierda, y avanzaron hacia el camino.

»Preparado O'donnell, les hizo frente, y viendo otras fuerzas, creyó que por aquel punto era el ataque principal, y envió tres batallones que rechazaron a las cinco compañías. Esto no obstante, movió el jefe liberal su centro hacia aquel punto, y como éste era justamente el deseo de los jefes carlistas, apenas vieron el desmembramiento de parte del ejército liberal, salen de su emboscada los tres batallones, y sin disparar un tiro cargan a la izquierda liberal, que aturdida por la sorpresa y sin tiempo apenas para disparar sus fusiles, se retiran en el mayor desorden. Hace O'donnell esfuerzos de valor con los batallones del regimiento de Gerona que dirigía personalmente; pero los tres de carlistas que estaban en Zumea, pasan el Leizarán por el puente y sus inmediaciones, y viéndose los liberales del centro abandonados por su izquierda, y alejados de la derecha, principian a retirarse en dispersión. Cargados de frente y cortados por la derecha carlista son acuchillados sin piedad; no se daba cuartel, porque los paisanos que habían perdido sus casas mezclados con los soldados, vengaban matando el incendio de sus hogares y gritaban: *esdá cuartelie sú ematendubeneztat* (*No se da cuartel a los incendiarios*). Se hace horrible la mortandad, y siendo este proceder tanto más extraño, cuanto que siempre se había dado cuartel, y ni aún resistencia oponían muchos que creían quedar prisioneros.

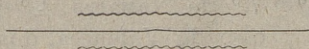
»Corren así mezclados unos y otros hasta el frente de Hernani, cierra el Gobernador las puertas temiendo la entrada de los carlistas, pero estos se retiran, y mientras se ocupaban esparcidos en recoger el armamento y demás despojos del campo de la pelea, se rehacen los liberales al abrigo de los muros de Hernani, quieren volver por su honor, avanzan

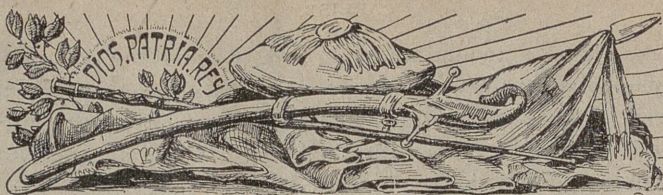


Excmo. Sr. D. Francisco R. Morales
Brigadier Carlista

hasta Urnieta, incendian la iglesia, y casi todo el pueblo, cuyas ennegrecidas ruinas se ven aún al pasar en el ferrocarril, se aprestan de nuevo los carlistas a hacer frente, pero es tan grande la indisciplina del ejército liberal, que impide reconquistar lo perdido, y se retira a Hernani.

»Seiscientos veinte muertos liberales se hallaron en el espacio de una legua de longitud por media de latitud: siendo las dos terceras partes ingleses, inhumanamente sacrificados algunos de éstos que se obstinaban en permanecer en la iglesia: se salvaron pocos heridos, y se hicieron ciento catorce prisioneros españoles. O'donnell logró salvarse en caballo ageno y sin tricornio. Ochocientos fusiles, un excelente depósito de víveres y otros efectos constituyeron un rico botín. Los muertos y heridos carlistas no llegaron a ciento. Su triunfo era importante por las posiciones de que se apoderaron, y por la fuerza moral que adquirieron.»





XXVI y XXVII

Segovia

(4 de Agosto de 1837 y 6 de Abril de 1838)

Victorias obtenidas por el general carlista D. Juan Antonio Zaratiegui, la primera de ellas, y la segunda por el General carlista Conde de Negri.

El día 18 de Julio de 1837 se confirió al general carlista Zaratiegui el mando de una expedición a Castilla, compuesta de los batallones 1.º y 7.º de Navarra, 4.º y 7.º de Guipúzcoa, 5.º de Castilla y otro de Valencia, dos escuadrones de aragoneses y otros dos de lanceros de Navarra, figurando en dicha División expedicionaria el Brigadier Elío (con el cargo de Jefe de Estado Mayor), el Brigadier Iturbe (al inmediato mando de la infantería) y el Coronel Ortigosa (como Jefe de la caballería). Dicha expedición salió de Galbarín el día 20 de Julio; sostuvo un ventajoso combate en la ermita de Portilla; venció al General Das-Antas en Zambrana; pasó el día 23 el Ebro por el vado de Ircio; y en Belorado se le unió el Brigadier Goiry con los batallones 4.º y 6.º de Vizcaya, 5.º y 7.º de Castilla, una compañía de portugueses y un escuadrón de

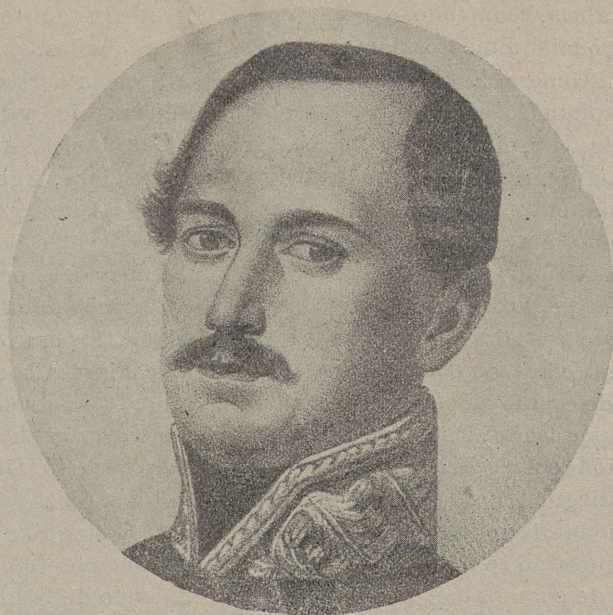
Cantabria, reuniendo así el general Zaratiegui un total de cuatro mil quinientos hombres y trescientos caballos.

El General Zaratiegui (a pesar de salir en su persecución el Capitán General de Castilla la Vieja Méndez Vigo y los generales Mir, Aldama, Lorenzo, Barón de Carondelet, Azpiraz y Puig Samper, así como los brigadieres Escalera, Aguirre y Alcalá) entró en Roa, asaltó Peñafiel y el día 4 de Agosto se presentó ante los muros de Segovia.

Habiendo contestado con el cañón a las pacíficas proposiciones que hizo el General carlista, éste, después de un combate de tres horas, mandó aplicar las escalas a los muros y se apoderó de ellos por asalto con pérdida de algunos hombres. Sabido es a lo que se expone una ciudad donde las tropas entran por asalto: los primeros carlistas que entraron en la población comenzaron a saquear las casas; pero su General Zaratiegui acudió con extremada celeridad a la plaza y restableció la disciplina con admirable presteza y singular energía, pues no se portó como conquistador, sino que fué el amparo de cuantos a él acudieron, prescindiendo de la filiación política de los que para algún favor le necesitaron.

A la noche del mismo día en que ocupó a Segovia entró el General Zaratiegui en relaciones con los que se retiraron al Alcázar, donde estaban los empleados, las tropas y milicianos nacionales, los cadetes del Colegio de Artillería, las personas más acomodadas y familias de la ciudad, que consigo habían llevado los efectos mejores que poseían; arreglóse la capitulación, que fué religiosamente guardada por los carlistas: cuantos había en el Alcázar no sólo recobraron su libertad, sino que también salvaron todos sus bienes. El Alcázar, con todo cuanto encerraba, como su biblioteca y otros enseres, fué conservado con el mayor cuidado, probándose con ello la cultura del General carlista.

Los habitantes de Segovia volvieron a su habitual tranquilidad y orden antes de las veinticuatro horas después de ocupada; y en tanto que los sastres y zapateros trabajaban para las tropas, todos los establecimientos funcionaban, incluso el teatro. Segovia, la antigua capital de los Reyes Católicos, no podía estar pesarosa de la llegada de los carlistas, porque



Excmo. Sr. D. Juan A. de Zaratiegui

General Carlista

simpatizaba con ellos la mayor parte de la población. Así lo comprendió el General Zaratiegui; y para dar mayor impulso al entusiasmo público, organizó por aquellos días un batallón al que dió el nombre de *Segovia*; en lo cual estuvo tan acertado, que más que como capitán obró como prudente político. Los resultados correspondieron a sus esperanzas, y en sólo cinco días llegó a contar aquel cuerpo con más de cuatrocientos voluntarios, hijos del país, estudiantes en su mayoría; aquel batallón se distinguió luego en toda la guerra y se mantuvo leal y en armas hasta emigrar a Francia cuando ya Carlos V abandonó el suelo patrio, obligado a ello por la traición de Vergara.

Como el General carlista solamente habíase propuesto con su expedición obligar al Gobierno de Isabel II a llamar la atención de las tropas que operaban contra la expedición de

Carlos V, luego que tuvo aprestados tres cañones de batalla, de los siete de que se apoderó en Segovia, se puso en marcha para el Real Sitio de San Ildefonso o La Granja, al frente de cuatro mil doscientos infantes y cuatrocientos cincuenta caballos; a su vista se retiró la guarnición isabelina, pasándose la mitad de su gente a las filas carlistas. En el Guadarrama interceptó el General Zaratiegui un parte del enemigo, por el que supo que se encontraba en Villacastín una columna de infantería y caballería isabelinas al mando del Coronel Aguirre; destacó sobre ella al Coronel D. Francisco Ortigosa con un escuadrón y dos compañías, cuya fuerza carlista destruyó la columna ya citada, cogiendo ochenta y cinco caballos y gran número de prisioneros, entre ellos el jefe que les mandaba.

Volvió el General carlista Zaratiegui a Segovia, descansó allí tranquilamente, y el día 16 de Agosto abandonó definitivamente la capital castellana para continuar sus operaciones en combinación con la expedición de Carlos V.

Al tratar de aquellos sucesos D. Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de Alfonso XII, en su obra titulada *La Estafeta de Palacio* dice (en las páginas 398, 399 y 400 del tomo primero) lo siguiente: «Trataron (los carlistas) de ocupar la ciudad de Segovia, célebre por su Escuela de Artillería; departamento muy principal de la misma arma; de algún nombre en la historia, defendida por muros, aunque endebles y no hechos para resistir la artillería, y poco distante del Real sitio de San Ildefonso.

»Casi sorprendidos los soldados y habitantes de Segovia, se aparejaron, no obstante, para la defensa; pero embistieron los carlistas con brío, y después de una ruda pelea, aunque breve, fué entrada Segovia y enarbolado en su alcázar el pendón de Carlos V; siendo esto que narro suceso de gran magnitud en sí, lo mismo que por sus consecuencias. Es verdad que Zaratiegui, militar de probado ingenio, se apoderó de esta importante ciudad más con el ardid que con la fuerza, sabiéndose ya que al encaminarse a ella no llevaba inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso. Acrecentó la reputación del General carlista este acontecimiento por mirarse en él



Excmo. Sr. D. Javier de Azpiroz, Conde de Alpuente

General Isabelino

que se apoderaba de una capital de provincia, a poca distancia de la cabeza de la monarquía, un tanto fuerte, depósito de preciosos materiales para la guerra, y con ella caían prisioneros algunos útiles, soldados y personajes de nota, y esto ocurría hallándose cercano a Castilla con crecido ejército Don Carlos, siendo el recién alcanzado triunfo obra de sus tenientes, y conseguido por fuerzas a que apenas antes se había atendido.

»Fueron por lo tanto grandes en Madrid el asombro, la pena, el miedo y la ira; y desatándose los partidos con su acostumbrada imprudencia e injusticia en horas calamitosas y críticas, aumentaron el común peligro y daño. Pero Zaratiegui, que ninguna de estas cosas ignoraba, salió tranquilamente de Segovia con un rico botín y se posesionó de San Ildefonso, alojándose en el real palacio, teatro en aquel mismo mes del año anterior de una lastimosa escena (la sublevación de los sargentos de la Guardia obligando a la Reina Gobernadora a firmar la Constitución de 1812). Allí refrieron menudamente al General carlista lo ocurrido con los sargentos, los conflictos de Cristina, y le señalaban los sitios de las ocurrencias, de todo lo cual se enteraba Zaratiegui con detención suma. Todos recelaban mucho de su detención en el Real Sitio, no tanto por lo mucho que la demoraba, cuanto porque notaban que recibía pliegos reservados, que los repasaba, y que nada transmitía a sus ayudantes, hasta que andando el tiempo vino á averiguarse que aquellos mensajes eran cartas que recibía principalmente de *Cabañas*, ministro de Don Carlos, forzándole a que permaneciese en el Sitio, por si la Reina Doña María Cristina se le presentaba, y encareciéndole que la tratase como a viuda del Rey D. Fernando VII; que la agasajase, y que si manifestaba deseos de querer apartarse de su lado, la condujera a la Corte de Don Carlos, y que si no le era posible acompañarla, la escoltase un militar de su entera confianza.

»Entonados los carlistas, como quien canta victoria, provocaban la furia de sus enemigos; los moderados ponderaban la desgracia ocurrida, encontrando en esto, motivos para dirigir cargos al Gobierno, no escrupulizando poner en peligro

el Estado por atender a la satisfacción de su bando y a su deseo de venganza con esperanzas de provecho. Es de creer que el peligro habría sido de gran tamaño para todos los liberales, si Madrid no se hubiese presentado resuelto a defenderse.

»En estos mismos días, la Junta carlista, trasladada desde la sierra de Burgos a Segovia, publicaba en esta capital una proclama.»

El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia de la Guerra Civil* (páginas 182, 183, 184, 185 y 186 de la edición de 1869) da los detalles que a continuación se indican, relativos a la victoria carlista de Segovia: «Desde el campo carlista se advertía la distribución que se daba a las fuerzas para defender la plaza, sin dejar al propio tiempo de trabajar en la construcción de espaldones y baterías. En su vista, dispuso Zaratiegui el ataque. Una columna al mando del brigadier Iturbe, fué destinada al arrabal; la segunda confiada al Coronel Novaa, se dirigió al flanco del Alcázar; y la tercera, con el brigadier Goiri, se preparó para atacar al frente, ocupando desde luego, la casa-moneda. La brigada navarra con la caballería, se mantuvo en reserva. El primer fuego que los liberales hicieron, aun sin comenzar el de los carlistas, fué de cañón contra la columna de Iturbe, al tiempo que ésta pasaba hacia el arrabal; poco después lo continuaron contra las otras de los ángulos de la plaza, y sucesivamente se hizo el de fusilería por ambas partes. Poco más de tres horas haría que se había comenzado éste, cuando habiendo mandado aproximar las escalas por un lado, mientras que por otro se ponía fuego a las puertas, se notó la entrada en el Alcázar de muchas personas de ambos sexos cargadas de efectos. Entonces se verificó el asalto, no sin grandes dificultades, tanto por la extraordinaria elevación de las murallas, cuanto por el fuego de algunos valientes sitiados, que aceptaron la muerte antes que abandonarlas. Bastantes liberales fueron cortados en las calles, al ir a refugiarse en el Alcázar, y fueron víctimas.

hablando en voz baja con su hermanita, sentada sobre sus rodillas, que le pedía explicaciones que hasta entonces nadie había pensado en darlas. De pronto los ojos de Frida se abrieron desmesuradamente, su boca se contrajo, y un torrente de lágrimas inundó su rostro, rodeó con sus bracitos el cuello de su hermano, y le dijo con voz muy entrecortada:

—¿Y que será de mí sin ella? Clemente ¡yo que la quiero tanto!

Ocultó el joven el rostro entre los largos y rizados cabellos de la niña, abrazándola con pasión; mas no pudiendo aquietarla hasta que la prometió que Gabriela volvería con él. Con esta promesa cesó el llanto de la niña, que se quedó pensativa en brazos de su hermano. De pronto rompió el prolongado silencio la señorita Josefina diciendo:

—¿Está muy lejos la Siberia?

Una sonrisa general acompañó la respuesta a esta pregunta, que era el primer fruto de la larga elucubración de la hermana del doctor.

—¿Y va también Clemente a Siberia?

—No; va a Petersburgo.

—¿Y cuánto hay de aquí a Petersburgo?

Respondiéronla trazándola un itinerario completo del camino que había de hacer para llegar allá, y volvió de nuevo a su silencio, aunque no por largo rato, pues habiendo concebido una nueva idea de repente, quitóse los anteojos exclamando:

—Pero esos dos chicos no pueden viajar solos.

La señora Dornthal y Florángel levantaron vivamente la cabeza, Clemente hizo un movimiento que despertó a Frida que ya empezaba a dormirse, y todos la miraron atentamente.

—No, no, lo dicho—prosiguió la buena anciana.—¿Qué diría la gente? Dispensadme, Clemente; bien sabéis que os estimo y os quiero: pero, amigo mío, ¿cuál es vuestra edad? En cuanto a Gabriela, además de contar la misma, poco más o menos, ya he dicho mil veces que tiene una cara terrible, una cara con la cual no pueden permitirse cosas que no estarían mal vistas en otras que todavía contarán menos años que ella. Esta es la verdad, y creo que nadie me negará la razón.

En efecto, nadie pensaba en negársela, porque el pensamiento que acababa de emitir a su modo era el de todos.

—Por consiguiente—añadió al ver que reinaba silencio,—es preciso que acompañe a Gabriela una persona respetable. Dispensadme otra vez, Clemente; no quiero decir con esto que pueda pasarse sin protector, y a vos en este caso no se os podría reemplazar fácilmente; pero, querido amigo, los miramientos exigen que además de vos lleve una compañera segura y anciana; y para ese cargo... me ofrezco yo.

Una exclamación general acogió estas palabras inesperadas: durante algunos instantes todos hablaban a un tiempo y ninguno se entendía; únicamente la buena Josefina comprendía al punto que su proposición era generalmente aprobada, mas antes de que nadie hablara, antes de que Clemente tuviera tiempo de llegar a estrecharla la mano, Florángel abrazaba a su anciana amiga, exclamando:

—¡Gracias, gracias! Dios os recomponse todo el bien que quiere que os deba yo en este mundo.

Esto significa sencillamente que aceptaba el generoso ofrecimiento de la señorita Josefina. Una hora antes su tía había puesto a su consentimiento la condición que ya sabemos, y esta dificultad la preocupaba, cuando la excelente anciana allanó todos los obstáculos de un modo tan imprevisto.

Todo pareció cambiar de aspecto desde este instante para la señorita Josefina, pues veía realizado lo que tanto deseaba. En esta fase extraordinaria de la vida de Gabriela, creía que era el acto más útil de cariño que podía ella llevar a cabo, retardando al propio tiempo la hora de separarse de su querida protegida; así es que sintió un gran consuelo, y recobró al punto su buen humor, si bien quedaba en su imaginación cierta confusión respecto al conjunto de aquella situación que no acertaba a comprender como en realidad era. Cuando se retiraba a su casa apoyada en el brazo de Clemente, y acompañada de una criada con su linterna, le dijo:

—¿Y por qué no vamos también nosotros con ella a Siberia, si no se opone ese señor conde, cuyo nombre no acierto nunca a pronunciar?

Clemente no pudo reprimir una sonrisa al oír semejante pregunta; pero estaba demasiado poseído de la tristeza para responder, lo cual ella no echó de ver, porque en aquel momento exponía en voz alta sus reflexiones, sin cuidarse de su interlocutor; y siguiendo el curso de ellas, ocurriósele en seguida ésta que, en vez de dar a Clemente tentación de reír, le hizo estremecer de pies a cabeza:

—Con tal que ese señor Jorge sea digno del sacrificio que va a hacer por él... con tal que después de dejarnos a todos los que tanto la amamos, no descubra algún día que él no la amaba tanto como nosotros...

XIV

Despidióse Clemente de la señorita Josefina a la puerta, y volvió a casa rápidamente, luchando con la nueva borrasca levantada en su corazón por las palabras que acababa de oír. Hasta entonces, gracias al recuerdo de sus conversaciones con el conde Jorge, y al prestigio de que disfrutaba a sus ojos por el mismo cariño que inspiraba a su prima, siempre le había mirado Clemente como un ser superior, al cual, con una franqueza tan modesta como sincera, le parecía natural y casi justo sacrificar su humilde amor. Dudar de que fuese digno de ella, temer que amándole ella pudiera él dejar de amarla, eran ideas que nunca le habían ocurrido, y sin saberlo acababa la buena Josefina de aplicar un hierro candente sobre su corazón lacerado. Admitir aquel recelo, era verdaderamente hacer vacilar su adhesión por su base, era añadir la desesperación al sacrificio; así lo rechazó con una especie de terror, y para tranquilizarse, recurrió a todas las reflexiones que antes le atormentaban, complaciéndose en medir la abnegación de que era objeto su rival, a fin de persuadirse mejor de que era absolutamente contrario a la naturaleza de las cosas que pudiese nunca ser ingrato.

Las reflexiones de Florángel en aquel momento, eran de otra naturaleza. Repuesta poco a poco de las emociones violentas y sucesivas del día, exhalaba ahora sin trabas la secreta alegría que de su corazón se desbordaba. ¡Era libre al fin! ¡Libre para pensar en Jorge, libre para amarle y decirselo! ¡Podía ya manifestar sin recelo aquel pensamiento, tanto

tiempo reprimido, combatido y oculto! ¡Dentro de pocas semanas estaría junto a él, sería suya! El horror de la suerte que iba a participar desaparecía para ella ante el pensamiento de llevarle en aquella hora de abandono e infortunio todas las riquezas de su adhesión y de su amor, y le parecía que esta realización de sus sueños era más bella que si se hubiese llevado a cabo en medio de toda la pompa de que podían rodearle su título y su fortuna. Miraba como una especie de expiación de su felicidad las terribles condiciones de que iba acompañada, y que creía, aceptándolas gozosa, asegurar la estabilidad del sentimiento apasionado que todo lo dominaba.

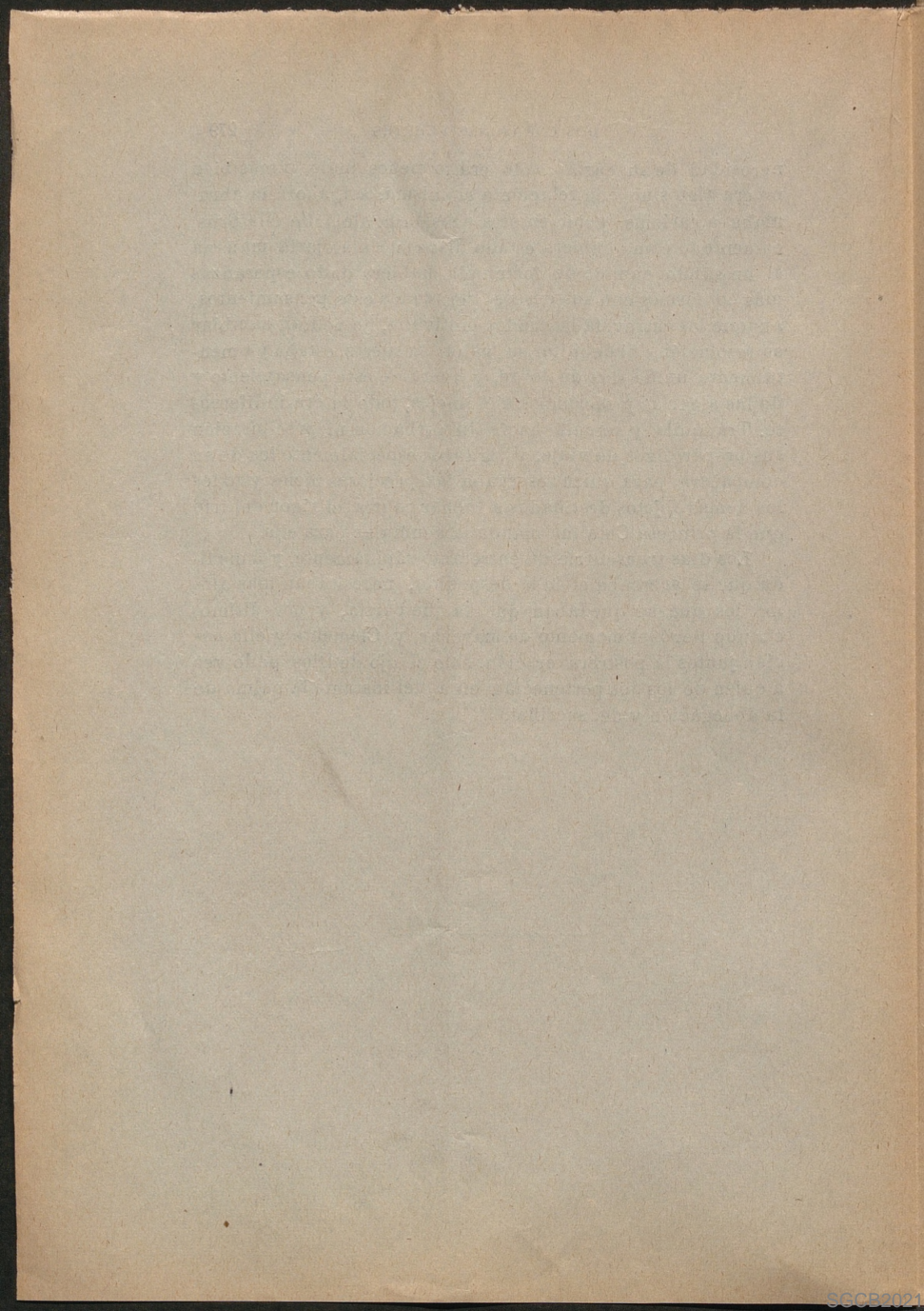
Desde la conversación de Gabriela con la princesa Catalina, el estado de ésta había sufrido una mejoría notable, pues sus padecimientos físicos y su dolor parecían haberse suspendido. Una nueva actividad habíase despertado en ella desde que había visto un medio de ocuparse de su hijo y de entrar en comunicación casi directa con él; y si a esto añadimos su inclinación natural a las cosas extraordinarias, comprendemos que la heroica resolución de Florángel fué para ella una distracción interesante y un móvil de actividad, útil y benéfico. Ella misma quiso disponerlo todo, y fué preciso dejarla arreglar y ordenar todos los detalles del gran viaje que la joven iba a emprender. Hasta Petersburgo irían en uno de los mejores carruajes de la princesa, y se preparó con solicitud cuanto pudiera preservar del frío a Gabriela en esta expedición; en Petersburgo, habitaría el palacio de la princesa todo el tiempo que mediara entre su llegada y su partida... la terrible partida que debía seguirla. Todas estas disposiciones fueron transmitidas por la princesa al marqués Adelardi, a quien encargaba recibir y proteger a Gabriela, procurando al propio tiempo encontrar medio de noticiar a Jorge el imprevisto consuelo que el cielo concedía a su infortunio; y en cuanto a los pasos que hubiera que dar para obtener los permisos necesarios a fin de que se verificase este lúgubre matrimonio, y de que la esposa acompañara al sentenciado, la princesa juzgaba que el mejor medio de conseguirlo, sería procurar que la emperatriz concediera a Gabriela una audiencia.

«Mucho me equivoco, decía la princesa, o su corazón se conmoverá con este heroico sacrificio, con la presencia de Gabriela y sus atractivos, y acaso por un resto de piedad hacia mi pobre Jorge, pues siento una voz interior que me dice que esa piedad sobrevive a los favores de que él se ha mostrado indigno, y que tal vez podré algún día apelar a ella con buen éxito. ¡Obtener el perdón de mi hijo! ¡Volverle a ver! Sí, a pesar de todo, creo, espero, puedo decir que estoy segura de que tarde o temprano alcanzaré esa dicha, a menos que todos estos pesares me quiten la vida. Conozco, sin embargo, que aunque sólo sufra un día esa espantosa sentencia, su huella no se borrará jamás, y que mis ilusiones sobre él se han desvanecido para siempre. ¿Cómo hubiera podido vacilar en aceptar el generoso sacrificio de Gabriela, primero con entusiasmo, cuando con una voz y un acento imposible de describir, llegó a pedirme de rodillas ese consentimiento inesperado; luego con reflexiones, y atendidas las circunstancias en que nos encontramos, con verdadero reconocimiento? Sin duda cuando llegue la hora de que me sea devuelto, y espero que esa hora llegará, me apenará otra cosa; pero de todas suertes el cumplimiento de su condena ha dado al traste con todas mis esperanzas sobre este punto. El conspirador absuelto o perdonado aún podría dominar un corazón en que la pasión aboga todavía por él; pero la orgullosa Vera no descenderá jamás a fijar su mirada sobre el penado que vuelva de Siberia de cumplir su condena. Me resigno, pues, pensando que en último resultado Gabriela es hechicera, y que él no ha amado a otra, que yo sepa, tanto como a ella. Me diréis tal vez que las mayores hogueras se extinguen fácilmente en el corazón de Jorge. Lo sé perfectamente; más estad seguro de que la abnegación de esta joven es capaz de conservar la pasión que le ha inspirado, o de reanimarla, si la hubiera amortiguado la tormenta revolucionaria en que después ha estado envuelto. En cuanto a mí, sé que si algo puede hacerme soportar esta terrible separación, es la presencia junto a él y en el destierro, de esa hermosa y noble criatura que mejor que nadie sabrá preservarle de la desesperación.»

A los ojos de la princesa, Gabriela, a pesar de la pura ge-

nerosidad de su cariño, sólo era lo menos malo, o más bien no era algo sino con relación a si misma; así, ahora la abrumaba a caricias, como en otra ocasión la alejó de ella bruscamente, o como hubiera estado dispuesta a alejarla mañana si un súbito cambio de fortuna la hubiera dado esperanzas más conformes con sus deseos. Pero todos esos pensamientos, aunque los entreveía la que los motivaba, no podían cambiar su resolución, ni debilitar su valor; su suerte estaba ya mentalmente unida a la de Jorge, y fuera de este pensamiento y de las alegrías y sacrificios a él anejos, todo la era indiferente. Tranquila y serena, hacía sin turbación ni precipitación sus preparativos de viaje, y vigilaba especialmente los de su compañera, para quien reservaba las preciosas pieles y todos los demás objetos destinados a luchar contra el rigor del frío que la princesa Catalina mandaba acumular para ella.

Los días transcurrieron entretanto rápidamente, y a medida que se acercaba el de la despedida, necesitaban más ánimo los que se quedaban que la que partía, y por último, cuando llegó el momento de marchar, y Clemente y ella hacían juntos la postrera oración, sólo el ojo de Dios pudo ver a quién de los dos pertenecían en aquel instante la palma de la abnegación y del sacrificio.



SEGUNDA PARTE

EL SACRIFICIO

I

El amor verdadero es el olvido de sí mismo.

Doce días hacía que nuestros viajeros proseguían su camino sin detenerse, y a pesar de la intensidad creciente de frío, hasta Berlín y aún más allá, Florángel y su compañera apenas habían observado su rigor, gracias a las muchas precauciones tomadas por la princesa con ese objeto; mas al llegar a Kænigsberg, fuéles preciso dejar el cómodo carruaje que les conducía, porque ante todo querían ir aprisa, y tenían ahora que recorrer el *Strand*, camino obligado a Petersburgo en aquella época; el *Strand*, esa lengua estrecha de arenal, que se extiende a lo largo del Báltico hasta el brazo de mar que separa como un ancho canal la Prusia de la Curlandia, y forma en seguida la cuenca o el lago abrigado del *Kurischehaf*. Este lago sirve de límite al *Strand* a la derecha, mientras que a la izquierda su triste playa queda encerrada entre el mar y las altas colinas de arena que protegen de los huracanes, tan frecuentes en esta comarca, las escasas chozas de aquel sitio desierto, situadas de frente al lago y de espaldas al mar. El carruaje se quedó en Kænigsberg esperando el regreso de los compañeros de Florángel, llevándose ésta las ricas pieles, tan

ligeras como calientes, de que iba provista, para cubrir con ellas de grado o por fuerza a la señorita Josefina, y reservándose para ella nada más que una capa de paño burdo suficiente para defenderla del frío, para evitar de intento acostumbrarse a unas comodidades de que no podría disfrutar más tarde.

El cambio de carruaje se efectuó pronto, y la especie de calesa en que Florángel y su componera iban como embutidas, púsose en marcha por el Strand con intención de ir a pernoctar en la población de Memel. Clemente, sentado en el pescante, con los brazos cruzados, examinaba con secreto horror el aspecto desolado de la naturaleza, y todo lo que veía le parecía digno de servir de preludio al infierno de hielo, al cual se encaminaba bajo su custodia la que él hubiera querido preservar hasta de un viento un poco fuerte del verano. El frío era menos intenso que la víspera; las nubes opacas y cargadas de agua parecían presagiar un deshielo prematuro, y al través de aquellas nubes, el sol, velado como al acercarse una tempestad, despedía un resplandor amarillento sobre las sombrías olas y sobre la arenosa ribera. El postillón, para aliviar de trabajo a sus caballos, les condujo tan cerca del mar, que las olas se rompían más allá del surco hecho sobre la arena húmeda por las ruedas del carruaje. A la derecha se elevan las tristes dunas, y lo mismo por esta parte que por el frente perdíase la vista en un yermo arenal; a la izquierda, el mar rugiente y amenazador; ni cerca ni lejos se descubría choza, árbol, hierba ni ser viviente, excepto algunas aves marítimas que volaban como espantadas, tocando de cuando en cuando la superficie del agua y despidiendo un áspero graznido que hacía más lúgubre aquel paisaje, cuya pesada melancolía, aumentada por la borrasca, reflejaba con bastante exactitud el estado moral de quien lo contemplaba.

En cuanto a Florángel, en lugar de mirar lo que la rodeaba, cerró los ojos para mejor dejar a su imaginación transportarla a las más bellas regiones del pasado y del porvenir; así, volvía a ver las azuladas aguas del Mediterráneo y el cielo espléndido cuyo color reflejan; las graciosas ondulaciones de las montañas envueltas en una bruma nacarada; Flo-

rencia, radiante y poética, iluminada por la dorada y tibia luz del crepúsculo; y en su oído resonaba una voz que murmuraba palabras peligrosas de oír en otro tiempo, mas hoy dulcísimas y gratas de recordar. ¡Cuánto había sufrido luchando contra sí misma! ¿Cómo podía temer los padecimientos que iba a arrostrar, comparándolos con los pasados? Padecimientos rescatados con la felicidad inmensa de amar sin remordimientos. Además, ambos eran jóvenes y quizá se realizarían las esperanzas de su madre; tal vez volverían a ver algún día aquellos sitios deliciosos, y al encontrarla él a su lado después de recobrar el esplendor de mejor fortuna, sabría, se convencería, de que no era eso lo que la había estimulado, sino que era a él, a él sólo a quien amaba.

Todavía estaba Clemente absorto de su muda contemplación y Florángel en sus dorados sueños, cuando salió la señorita Josefina de su estado de somnolencia favorecido por las calientes pieles que la abrigaban, preservándola no sólo del aire, sino hasta de la perspectiva de los objetos exteriores. Incorporóse, y mirando a su alrededor por primera vez en toda la mañana, hizo un brusco movimiento de sorpresa, exclamando con espanto:

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es esto, Gabriela?

Florángel, descendida súbitamente del país de las ilusiones, respondió:

—El mar. ¿No le habíais visto todavía?

—¡El mar, el mar!—repitió con estupor la señorita Josefina.—No, no le había visto nunca, no podía imaginarme que caminaríamos por él en carruaje. ¡Qué país! ¡Qué viaje!

Estas palabras murmuraba tratando de ocultar los mortales terrores que sufría desde que, a medida que se iban alejando, tomaba todo un aspecto más diferente del de Francia, y por consiguiente más agreste; pero practicaba a su manera un acto de heroica abnegación dominando el miedo y el asombro que la causaban tan extrañas novedades. Quería ante todo no ser importuna a sus compañeros de viaje, y pensaba que si ellos, siendo tan jóvenes, no tenían miedo, era preciso mostrarse tan valiente como ellos; mas a pesar de todo, no pudo menos de repetir con admiración:

—¡Yo por el mar en carruaje! ¡Es original!

Florángel la dijo sonriendo:

—Mirad a ese lado, querida amiga, y veréis que no estamos dentro del mar, sino junto a él.

—Demasiado, pues el carruaje va por el agua.

—No tal; es la ola que se rompe y retrocede: mirad, ahora estamos en seco.

Tranquilizóse un poco la señorita Josefina: miró a la derecha, a la izquierda, al frente, y por último volvió a fijar sus miradas en el inmenso y sombrío mar que tenían a sus pies, y exclamó:

—¡Qué triste y qué feo es todo esto!

Florángel a su vez examinaba también el camino con grande atención, y repitió:

—En efecto, este paisaje es extraordinariamente lúgubre. Este cielo encapotado, este sol amarillento, este mar triste y negro, este arenal interminable... todo es pavoroso...

—Y eso que siempre me aseguraban, —dijo la señorita Josefina, sin observar que Florángel se estremecía.—que era tan bonito ver el mar. Veo que ese es otro de los muchos cuentos de viajeros inventados para los que no se mueven de su casa.

—No, no lo creáis. El mar es bello, bellissimo, no lo dudéis, cuando es azul como el cielo, cuando sus riberas están cubiertas de árboles, de plantas y de flores; pero aquí no es lo mismo.

Y a su pesar la suave impresión de su reciente sueño, despierta vivamente por el contraste, se desvaneció por completo, oprimióse su corazón, calló, y durante largo rato ninguno de los tres rompió el silencio.

Las doce o catorce leguas de longitud que mide el Strand estaban entonces divididas en varias paradas de posta, situadas al otro lado de las dunas, de las cuales traían a la playa los caballos de refresco, pues ningún carruaje podía acercarse a ellas, atravesando las colinas de arena, de suerte que aún en estos momentos de parada, sólo conocían los viajeros la proximidad de un sitio habitado, por el sonido de una trompa, que desde lejos respondía a la que llevaba el posti-

llón para anunciar su llegada. Mientras que mudaban el tiro de esta suerte en la playa, en la última parada, observó Florángel la mirada de Clemente fija en el cielo y el mar, ambos sombríos y amenazadores. Arreciaba el viento por instantes, encrespábanse las olas, y era evidente que estaba próxima a desencadenarse una violenta borrasca. Florángel hizo seña a su primo para que se acercara, y le dijo de suerte que no lo oyese su compañera:

— Va a hacer mal tiempo ¿verdad?

— Sí, — respondió Clemente en el mismo tono. — Apenas nos queda una hora de día, y temo que nos sea difícil y penoso caminar. No lo digo por vos, pues bien sé que me está prohibido temer por vos ninguna clase de peligro, sino por vuestra pobre amiga, a quien recelo no podréis tranquilizar fácilmente más tarde.

Y subiendo a su asiento, ordenó al postillón arrear, y el carruaje partió con toda la velocidad que le permitía la necesidad de alejarse del mar, cuyas olas engruesaban y habían estado ya a punto de volcarle; más a pesar de todos sus esfuerzos, ya la noche había cerrado, y la tempestad estaba desencadenada cuando llegaron al sitio en que debían cruzar el brazo de mar que une al Kurischehaf con el Báltico. Corto, pero difícil, era el trayecto; no había que perder momento, porque aun cuando formaba ensenada en este punto, el mar se alborotaba cada vez más, y la embarcación que había de trasbordar el carruaje es una gran balsa, difícil de gobernar por el mal tiempo; así, bajaron rápidamente la rampa que conducía a la barea, y la señorita Josefina salió del estado de somnolencia que le producía el movimiento del carruaje, por una súbita y recia sacudida, acompañada de voces y exclamaciones unidas al rugido del mar, y al espantoso fragor del huracán que les aturdió.

— ¡Jesús, salvador mío! — exclamó la infeliz juntando las manos. — Aquí vamos a morir todos.

Llovía a torrentes, las olas entraban en la barca, las nieblas añadían su horror a todas las apariencias de un peligro que a sus ojos inexpertos parecía ser extremo, y en vano trataba de tranquilizarla la cariñosa voz de su compañera.

En esto, al resplandor de los faroles encendidos para que los barqueros trabajasen, distinguió a Clemente de pie detrás del carruaje, sujetando con vigorosa mano una vela que defendía al lado más expuesto a la invasión de las olas, y no pudo menos de decir:

—¡Pobre Clemente! ¿Se acabó ya?

—Todavía no, por desgracia; nos falta media hora lo menos para llegar a tierra.

—¡A tierra! ¡Pobre muchacho! ¿Y se figura que llegaremos vivos?—dijo la señorita Josefina ocultando el rostro en el hombro de Florángel.

—Sí, tal,—respondió ésta estrechándola entre sus brazos. —Os aseguro que no hay peligro, querida Josefina, creedme, lo único que siento es veros tan asustada.

—Perdonadme, hija mía, había jurado que no lo conoceríais, pero.. pero ahora, Gabriela, no diréis que no atravesamos el mar en carruaje,—prosiguió con nuevo espanto al sentir el movimiento de las olas.

Florángel la abrazó repitiéndole las mismas palabras tranquilizadoras, y la pobre anciana calló e impuso en seguida silencio a su terror por un esfuerzo de voluntad que en ella era tan grande y verdadero acto de valor.

—Peligro o no,—dijo,—la verdad es que así me he figurado yo siempre esas grandes tempestades en que tantos pierden la vida. En fin, Dios la rige, como a todo, y sucede lo que él quiere.

Su carácter era débil, pero su alma fuerte, y la piedad ayudó a tranquilizarla. Púsose a orar mentalmente, y no volvió a hablar palabra hasta que llegaron a la orilla.



II

Un peligro más terrible y real esperaba a nuestros viajeros más allá de Memel, desde donde prosiguieron al día siguiente su viaje en trineos. El primero contenía su equipaje, y les precedía algunas horas para anunciar su llegada en los relevos. El segundo tenía un figura parecida a una pesada balsa puesta sobre patines, y abrigada por una especie de toldo y capota de pieles: en esta iban Florángel y su compañera arrinconadas, y casi acostadas para no recibir la corriente de aire. El tercero, enteramente descubierto, era muy ligero, y tan pequeño, que sólo cabía en él Clemente, y delante un joven fuerte y vigoroso, cuyo talle esbelto, envuelto en su caftan, era proporcionado al sitio que ocupaba y al vehículo que estaba encargado de conducir. En él iba Clemente como el viento, ya precediendo al otro trineo, como de descubierta, ya volviendo atrás para velar por su seguridad y acompañarle.

El frío había recobrado su intensidad hacía sólo algunas horas, y la lluvia torrencial de la víspera, sucediendo a varios días de deshielo, alarmante en esta estación, había causado grandes desperfectos en el camino, y hacía arriesgado el paso de los ríos, que en esta época debían cruzarse sobre el hielo. Aunque apenas eran las cuatro, el día ya corto, casi había transcurrido, y se acercaba la noche, cuando llegaron los viajeros al río que era preciso atravesar para entrar en el pueblo de Y..., río rápido y profundo, que todos los años, al empezar el invierno, arrastraba largo tiempo grue-

sos y numerosos témpanos antes de que su superficie se endurciera, y que al acercarse la primavera era también el primero en recobrar su curso, rompiendo la corteza que retenía sus aguas cautivas, de lo cual resultaba que este río era casi siempre difícil, y por lo regular peligroso de atravesar, y que este paso, que sólo podía efectuarse en un sitio determinado, era el que, a causa del deshielo, debía inspirar a los viajeros justas inquietudes. En efecto, apenas Clemente fijó la vista en él, parecióle notar varios indicios alarmantes, y sobre todo comprendió que no se debía perder un momento, por lo cual bajó de su trineo al punto, y una vez en el río, hizo al joven esta pregunta rápidamente:

—Será preciso hacer pasar antes el trineo más pesado, ¿verdad? y nosotros después, si podemos.

—Sí, si podemos,—respondió el conductor.

Dió al punto la orden, y el trineo en que Florángel y su compañera se hallaban pasó delante del suyo, mas apenas se alejó diez o doce pasos de la orilla, dejóse oír un siniestro crujido, y el conductor se detuvo espantado. Clemente repitió imperiosamente la orden de continuar sin pararse; pero en lugar de obedecer, el conductor, lleno de miedo, dejó las riendas, saltó al río, y deslizándose sobre el hielo, cruzó en un segundo la distancia que los separaba de la orilla que acababa de dejar, y se halló en tierra. Esta sacudida aceleró la rotura que se había verificado. Partiósese por medio el hielo, y separándose en el lado más próximo a la orilla, empezó a seguir la corriente, quedando visible el agua entre la tierra y el sitio en que se hallaban los viajeros. En tan formidable como inminente peligro, era preciso que el pensamiento fuese pronto como el relámpago, y la palabra tan veloz como el pensamiento.

—Salid, Gabriela,—dijo el joven con autoridad.

Florángel saltó al punto del trineo, Clemente tomó en brazos a la señorita Josefina, y la sacó a su lado, después de lo cual dijo a su prima, sereno, pero de prisa:

—Entrad en mi trineo, Gabriela, y partid; luego que estéis en seguridad, volverá por vuestra compañera: tenemos tiempo, pero no hay que perder un minuto. No vaciléis.

LA HEROINA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legifimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

La República Española en 191...

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

por Domingo Cirici Ventalló

DOS Ptas. cada ejemplar

Adjuntando a su importe 0'35 ptas. se manda certificado.

De venta en nuestra Administración

PAÑUELOS DE SEDA

CON EL RETRATO DE

DON JAIME DE BORBÓN

CON DOBLADILLO CALADO Y LA BANDERA ESPAÑOLA

Uno, 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN